

QUERÉTARO, 1867 *

por el Coronel MIRAMON

AL LLEGAR a Querétaro nos encontramos que el general Liceaga había perdido la rica plaza de Guanajuato, y que el general Mejía había escarmentado en las inmediaciones de Querétaro las huestes de Carbajal, que con osadía trataban de apoderarse de esta población.

Tuvimos también la triste nueva de que mi hermano el general don Joaquín Miramón había sido pasado por las armas en la hacienda del Tepetate, lo cual nos ocasionó las diversas y fuertes sensaciones de que hemos hecho mención con anterioridad, e igualmente que el mismo Maximiliano, en unión del general Márquez y de una ligera brigada de las tres armas, se disponía a marchar sobre Querétaro para reasumir en su persona el mando superior del ejército y librar al azar de la guerra la futura suerte de su cetro que desde entonces empezaba a oxidarse.**

Mi hermano se ocupó desde luego en comunicar a su Gobierno los desastres y victorias que había obtenido, presentándole a la vez los medios de salvación que debían adoptarse para vencer la mala situación militar a la cual estaba reducida la suerte del Imperio.

En las distintas comunicaciones que con el Gobierno cambió, proponía como medidas de salvación la incorporación de la división Méndez a las tropas que estaban bajo sus inmediatas órdenes, y la salida de Querétaro al encuentro de las fuerzas de Escobedo y Corona, que venían las primeras por el camino de San Luis Potosí y las segundas por el camino del Bajío.

Su idea perpetua y constante fue la de batir en detalle y antes de que se pudiesen reunir estos dos cuerpos de ejército

* Véase *Historia Mexicana*, núm. 25, pp. 124-140.

** Tachado en el original.

según las reglas del difícil arte militar, y salvar por medio de esta complicada operación* la suerte del ejército y la del vacilante* Trono de Maximiliano, que comenzaba su próximo derrumbe.*

Varios días pasamos en esperar el arribo del Emperador dando a mañana y tarde ejercicios a nuestras visoñas tropas con el fin de disciplinarlas y ponerlas en juego para la próxima campaña, cuyas nubes el horizonte político presagiaba.

A pocos días de nuestra permanencia en Querétaro, el Emperador, con las personas que llevo especificadas y de la brigada de que he hecho mérito, arribó a Querétaro en medio del entusiasmo general de la población, y con vivas aclamaciones del ejército a quien abismó la llegada del Soberano.

El 24 de febrero de 67 se presentó a nuestra vista la división del general don Ramón Méndez, que venía de Michoacán, en cuyo Estado había operado, desde los primeros momentos en los que la intervención francesa había asomado por aquellas comarcas su mano de hierro poderosa. Estas tropas se componían de soldados viejos acostumbrados a las fatigas de la campaña; su moral era buena, su disciplina perfecta, y el general que los mandaba tenía un valor a toda prueba, instrucción militar amplia, pero lleno de ambición personal y con un odio extraordinario en contra del general mi hermano, a quien pretendía anular y de quien había recibido entre otros males la banda roja de coronel efectivo.

Las fuerzas que componían esta buena división eran el batallón del Emperador primero de línea, cuerpo excelente, organizado por el propio general Méndez que había sido su coronel en otro tiempo, y del cual no había querido separarse; su teniente coronel éralo don Juan de Dios Rodríguez, brillante oficial que habría tenido una muerte segura en Querétaro si merced a una casualidad no hubiera podido sanar de sus graves heridas; el segundo batallón de línea, mandado por el coronel Madrigal; el tercero de línea, que estaba a las órdenes del coronel don Francisco F. Redonet; el doceavo de línea, cuyo jefe era el coronel don José M^a Farguet, oficial pundo-

* Tachado en el original.

norosísimo y que tuvo por tumba la propia ciudad de Querétaro; el batallón de Zamora —miliciano—, mandado por el teniente coronel don Juan Berna, íntimo amigo de Méndez y oficial de buena reputación militar, y el batallón de milicias de Zamora, mandado por el coronel Madrigal, persona bastante valiente y de buena instrucción militar.*

La caballería la formaban los regimientos cuarto y quinto de lanceros y algunos escuadrones irregulares de guardia rural, y la artillería de la octava batería, a la cual pertenecía el subteniente Hanz, autor de un libro que últimamente se ha publicado, referente a los sucesos de Querétaro. El cuarto regimiento de caballería estaba a las órdenes del coronel Santacruz, y el quinto de la misma arma era mandado por el coronel Yera; la artillería la mandaba el capitán don Antonio Salgado, y los ingenieros el comandante don Francisco Troncoso. El activo de esta división en mi concepto no era otro que de cuatro mil hombres.

Entre las tropas que existían en la ciudad eran dignas de llamar la atención la guardia municipal de México, mandada por el valiente y caballeroso coronel Joaquín Rodríguez, quien pronto iba a perecer a causa de su ardor y pundonor infatigable; el séptimo de línea, mandado por el general don Silverio Ramírez; el batallón de Querétaro, por el coronel Segura; el de Celaya, por el coronel Gallán y teniente coronel Zosa; el de cazadores franco-mexicano, mandado por el coronel Villasana, y después de herido este jefe, el príncipe Salm-Salm; y doscientos hombres pertenecientes al catorceavo de línea, cuyo jefe no recuerdo, y el de mi mando, que tenía por denominación Tiradores de la frontera.

La caballería la componían los húsares austro-mexicanos, el regimiento de la Emperatriz, mandado por bravos y entendidos oficiales, un escuadrón de la guardia municipal de México que estaba a las órdenes del teniente coronel Antonio Díaz, y un escuadrón de exploradores mandado por el coronel Arévalo, y diversas fuerzas de caballería rural de las cuales la mayor parte pertenecían a los jinetes del coronel Quiroga y

* Párrafo tachado.

a las fuerzas serranas que el general Mejía había reunido antes de encerrarnos en Querétaro. Su artillería se confió al coronel don Manuel Ramírez Arellano, quien merced a su actividad e inteligencia logró mejorarla extraordinariamente y ponerla en disposición de poderse con ella sostener la plaza. La sección de ingenieros quedó bajo la dirección del general don Mariano Reyes.

Desde el momento que se aglomeraron en Querétaro las fuerzas imperiales de que llevo hecha relación, se trató inmediatamente de ordenar su distribución y de que una vez hecho esto se pusieran en práctica los medios de ataque al ejército republicano, que se hallaba a poca distancia nuestra.

Para coordinar lo primero, el Emperador dio el mando en jefe de toda la infantería al general Miramón, el de la caballería al de igual clase don Tomás Mejía, y el de la artillería al coronel Ramírez Arellano. El general Márquez conservó el carácter de jefe de Estado Mayor de Su Majestad, y la infantería se distribuyó de la manera siguiente: dos divisiones, la primera a las órdenes del pundonoroso general Casanova, el amigo más íntimo de mi hermano el general don Miguel Miramón, y la segunda a las órdenes del respetable general don Severo del Castillo. Estas divisiones se subdividieron en dos brigadas cada una, mandando la primera brigada de la primera división el general don Manuel María Escobar; la segunda de la misma división el general Herrera y Lozada; la primera de la segunda división el general don Pedro Valdez, y la segunda de la propia división el general don Silverio Ramírez. La brigada de reserva quedó a las órdenes del general Méndez.

La caballería estaba, como he dicho, a las órdenes del general Mejía, y sus brigadas estaban distribuidas entre los generales Monterde y Gutiérrez, y de los coroneles Santacruz y López.

Con este arreglo de ejército mi hermano insistió en su idea de atacar en detalle a las fuerzas enemigas, pues tenía noticias ciertas que el ejército republicano se hallaba dividido por la sierra que separa los caminos de San Luis Potosí que traía el señor Escobedo, y el del Bajío que seguía el señor

Corona. Varias veces propuso este plan al emperador Maximiliano, quien lo consultó a su vez con el general don Leonardo Márquez, persona que en aquellos momentos gozaba de la alta estimación del soberano, y quien reprobó las solicitudes de mi hermano únicamente por vengar en él rencillas pasadas que no habían tenido otro fundamento que la severidad y energía que el general Miramón desplegó en la época de su gobierno, para no dejarse burlar de Márquez ni permitir por más tiempo la serie de desmanes que en Guadalajara este jefe cometió.

Combatida esta idea, y venidos a tierra los pensamientos militares de mi hermano, permanecemos en Querétaro dejando llenos de víveres y forrajes las haciendas de los alrededores y los cuales aprovechó el enemigo convenientemente.

Los trabajos de zapa se comenzaron de una manera bien débil, lo cual daba lugar a esperar la próxima salida del ejército imperial, y no el estrecho sitio que más adelante íbamos a sufrir, pues si se hubiera pensado de otra manera, las obras de fortificación habrían sido activamente construidas.

Antes de que el sitio empezara, el emperador Maximiliano ordenó pasar revista a las tropas que se hallaban en Querétaro. Ésta se verificó en el llano de Carretas con grande entusiasmo de la población y de los militares que nos hallábamos en Querétaro, a quienes nos agradó hacer conocer al propio Maximiliano el estado de disciplina y moralidad en el cual estaban las visoñas tropas que formaban el reducido ejército imperial.

A POCOS DÍAS de este ejercicio de armas, y cuando los consejos de mi hermano para salir a batir los diversos cuerpos de ejército republicano (que se hallaban separados entre sí por la sierra que divide los caminos de San Luis y el Bajío) habían sido desechados, se empezó el sitio formal de la ciudad de Querétaro, el cual había de costar a Maximiliano su cetro y al ejército imperial su existencia.

La ciudad de Querétaro, punto de reunión del ejército imperial, es la peor plaza militar que en el país pueda existir para hacer una defensa severa y rigurosa. Su mala posición topográfica, que la hace estar rodeada de elevadas montañas

que la dominan, la pobreza de sus habitantes, el pequeño río que la atraviesa, vadeable en diferentes lugares sin dificultad alguna, y las reducidas tropas que teníamos para hacer nuestra defensa, daban a conocer desde luego la dificultad de ésta y lo defectuoso del plan militar que había elegido a Querétaro como el lugar más estratégico en donde debía sostenerse la honra del imperio, en las agonías de muerte que desde entonces el gobierno imperial presentía.

Una vez resuelta esta defensa, y cuando la voz de mi hermano carecía de eco para hacerse explicar cerca de Maximiliano, a causa del odio privado que tenía en su contra el general Márquez, mi hermano explicó al soberano la línea de fortificación que debía trazarse para poder con ella sostener con buen éxito el sitio que desde entonces se anunciaba, y la cual comprendía el cerro de San Gregorio.

La misma suerte que las primeras sufrieron estas últimas observaciones de mi hermano; ellas fueron menospreciadas por el jefe del Estado Mayor, y la línea de fortificación se trazó en el orden siguiente: un triángulo cuyo vértice era el cerro de las Campanas, que se halla inmediato a la población y el cual quizá es el menos elevado de los que circundan a Querétaro. La base de este triángulo era la propia población de Querétaro, en cuyo extremo se halla el convento de la Cruz, perfectamente construido, y el cual tanto por esta circunstancia como por hallarse en la parte alta de la ciudad la domina con facilidad y hacen de la Cruz un fuerte lleno de obstáculos para ser tomado. En su espalda y en dirección al camino de México se extiende el panteón del mismo convento, y cuya posición es indispensable conservar para no exponer a la Cruz a horadaciones, minas u otros trabajos de esta naturaleza.

Los lados del triángulo de nuestra línea de defensa no tenían propiamente ningún edificio que los defendiese, con excepción del mesón de la otra banda que se haría inmediato al puente de piedra, el cual varias veces fue asaltado sin éxito por el enemigo.

Otro de los puntos de defensa era la casa blanca que se halla situada en la parte sureste de la ciudad, y la cual fue

muy eficaz para sostener el sitio, así como también la pequeña capilla de San Franeisquito, que se encuentra entre la Cruz y la Alameda.

Al frente de nuestra línea estaba, por el lado del camino de México y paralela a la base del triángulo de fortificación que a nuestro ejército se le había trazado, la garita de México, el acueducto formado por elevados arcos, los cuales se hallaban fuera de nuestra línea, las haciendas de Callejas y Carretas y la Cuesta China, que se prolonga hacia la parte oriental de la ciudad y desde la cual se ve a Querétaro como un desgraciado cautivo aprisionado en medio de sus pesadas cadenas.

Hacia el Oriente se eleva el cerro del Cimatario; después sigue el camino de Celaya, las llanuras de San Juanico, que se extienden hacia el Sudoeste de la ciudad y tienen a su frente el cerro de las Campanas; después y rumbo al camino de San Luis Potosí se halla el cerro de San Gregorio, a cuya espalda está el de San Pablo, habiendo entre una y otra eminencia un valle pequeño, el cerro de Paté, y luego en seguida la Cuesta China. Todo este frente abrazaba la línea sitiadora, fuerte al principio del sitio en diez y ocho mil hombres, mientras que nuestras tropas no ascendían más que a nueve mil quinientos poco más o menos.

La línea sitiada fue defendida en los primeros días del asedio en el orden siguiente: las dos líneas que venían a unirse en el vértice del triángulo que forma la parte más elevada del cerro de las Campanas, por el cuerpo de infantería que mandaba el general Miramón, tomando la línea de la derecha el general Castillo y la de la izquierda el general Casanova; el vértice del triángulo mencionado fue ocupado por el batallón de mi mando.

El convento de la Cruz se fortificó ligeramente y se dio el mando de él al general Calvo; la brigada de reserva se colocó en la hacienda de la Capilla, y la caballería en la Alameda. Ambos lugares se hallan en la parte Este y Sudeste de la ciudad.

Con estos preliminares paso a explicar todas nuestras operaciones desde el día que empezó el sitio, para después refutar

con mi diario, que no es más que la encarnación de la verdad de todos los hechos que en Querétaro pasaron, las calumnias y errores en los que voluntariamente cae el príncipe Salm-Salm.

El 5 de marzo de 1867, con la noticia de la llegada del cuerpo de ejército que Escobedo mandaba a Santa Rosa y el que Corona dirigía a la Calera, se dio orden a las fuerzas imperiales para que a las cuatro de ese mismo día estuviesen dispuestas en la garita de Celaya para marchar según las prescripciones del Emperador. Al amanecer, y en cumplimiento de lo mandado, las dos divisiones de infantería con veinte cañones tomaron posesión en el cerro de la Campana, colocándose la primera, como ya he dicho, al costado izquierdo de esta posición y la segunda hacia su derecha. El Emperador estableció su cuartel general en el cerro de la Campana.

Día 6 se pasó sin hacer operación alguna, teniéndose noticia que a las dos de la tarde el enemigo había llegado a la hacienda de San Juanico y otras que están inmediatas al pueblo de San Pablo. Se le calculó que venía sobre la ciudad con cerca de diez y ocho mil hombres.

Días 7, 8 y 9 hubo ligeros tiroteos entre las caballerías, que no causaron el menor daño. Se dijo que el enemigo recibía refuerzos de San Luis y Guadalajara, y en nuestro cuartel general se celebraron diversas juntas de guerra que eran presididas por Maximiliano y en las cuales el general mi hermano constantemente opinaba por la ocupación del cerro de San Gregorio y del Panteón de la Cruz, que estaban fuera de nuestra línea de fortificación, y esto para el caso de que nos quedásemos en Querétaro, contra cuya idea siempre Miramón protestó, pues deseaba tomar la iniciativa sobre el ejército republicano antes que éste tomara posesiones.

La opinión del comandante de infantería no fue apreciada debidamente por el emperador Maximiliano, quien, dominado por los consejos del general Márquez, juzgaba las opiniones de mi hermano como ardores propios de su edad y no como ideas salvadoras tal vez de su cetro y existencia.

El día 10, el enemigo comenzó a organizar sus columnas y se creyó con probabilidad que había presagios de batalla; después se notó que su fuerza era de diez y ocho mil hombres

y que la maniobra que ejecutaba no era otra sino una revista que el general en jefe del ejército republicano pasaba a sus tropas al frente de nosotros.

Día 11, el general Mejía salió con una fuerza de caballería rumbo al Pueblito; tuvo un ligero encuentro con una fuerza enemiga, la cual batió por completo tomándole varios prisioneros, entre los cuales iba un capitán Fonseca que pasó herido al hospital.

El mismo día el general Méndez salió con una brigada de caballería hacia el cerro de San Gregorio a hacer un reconocimiento sobre San Pablo, cuya operación le sirvió para conocer que la falda de San Gregorio era escabrosa y que, fortificada convenientemente, sería un punto militar. Con esta noticia regresó a la ciudad sin ninguna novedad. En la tarde de ese mismo día no había agua potable en la ciudad, pues el enemigo había cortado la que viene de la Cañada, y ya en Querétaro se hacía sentir esta necesidad. El general Miramón, para evitar este mal, tomó bajo sus inmediatas órdenes mil hombres y con ellos salió rumbo a la Cañada. En su camino encontró una fuerza superior en número, la cual le hizo una débil resistencia tomándole el general algunos prisioneros, quitándoles varios víveres y haciendo que el agua corriese sin interrupción para la ciudad. Ya en la noche había cesado esta necesidad.

Día 12, el general Castillo, llevando a sus órdenes la segunda división de infantería, hizo un reconocimiento detallado sobre el cerro de San Gregorio que ya había sido ocupado en su cuniar por fuerzas del ejército republicano, así como también el cerro de San Pablo, que estaba a su retaguardia. Por esta maniobra se tuvo conocimiento que el enemigo había establecido en la falda de este cerro un campamento, el cual se comunicaba por la Cañada con los demás campamentos que existían en las tomas de la Cuesta China, a derecha e izquierda del camino de México.

Los soldados del general Castillo mostraron en esta operación moralidad y disciplina a toda prueba; sus movimientos eran tan bien adecuados [y] precisos que todo el mundo habría creído que esta división se hallaba en ejercicio y no bajo el mortífero fuego de los cañones enemigos. El general Cas-

tillo, después de hecha esta operación, regresó a la ciudad con sus fuerzas, las cuales padecieron bajas de muy poca importancia y habiendo salido de coronel de cazadores Villasana. El reconocimiento dio a conocer al Emperador el estado y operaciones del enemigo. En consecuencia se pensó tomar posición definitivamente de San Gregorio, y el general C. Valdez, con parte de una brigada, quedó en aquel lugar con cargo de fortificarlo.

Día 12. La fuerza situada en San Gregorio permaneció en su posición. En la tarde la artillería enemiga, situada en las lomas de la Cuesta China, comenzó a hacer sobre el convento de la Cruz, en donde Maximiliano había trasladado su cuartel general, nutrido fuego de artillería que en manera alguna produjo ningún resultado. Con motivo de la aparición de estas fuerzas a nuestra retaguardia y flanco derecho, el cuartel general imperial hizo un cambio de frente hacia este flanco. En consecuencia, la división Castillo se prolongó de Sur a Norte rumbo a la izquierda del río, que quedó a su frente, apoyando su derecha en el molino de San Antonio y replegando a su nueva línea la fuerza que tenía en San Gregorio, que desde aquel momento quedó abandonado y con sólo una pequeña avanzada de jinetes. El convento de la Cruz fue reforzado, la fortificación de la ciudad guarnecida, y la división Casanova se fraccionó, colocando dos batallones en la línea que Castillo desocupaba y quedando con el resto de su fuerza en su primitiva posición. La reserva protegía el convento de la Cruz y la caballería cubría la hacienda de la Capilla y la Alameda.

CON ESTE NUEVO orden de colocación amaneció el 14 de marzo de 1867, día memorable y lleno de recuerdos para los defensores de Querétaro que con un puñado de valientes hicieron morder el polvo a las gruesas columnas republicanas que embestían con bravura nuestras posiciones, y las cuales no pudieron asaltar merced al denuedo de nuestros bravos y sufridos soldados.

El día iba a empezar; una línea de fuego y densas columnas de humo que hacían trabajosa la respiración se percibía en el

campo enemigo; gruesas masas de disciplinados soldados se destacaban de las lomas de la Cuesta China hacia el convento de la Cruz, y de los cerros de San Pablo y San Gregorio, en dirección ocupada por las divisiones Castillo y Casanova sobre la orilla del río, observaban los preparativos para la batalla; ardía en ellas el deseo de combatir, y con serenidad esperaban, bajo los muros de Querétaro, el plomo republicano.

A las nueve de la mañana el combate era general; las columnas republicanas avanzaban con denuedo sobre la hacienda de la Era, el mesón de la otra banda, y la Cruz: el Panteón de este convento fue ocupado por el enemigo, quien lo halló fuera de nuestra línea de defensa.

El general Márquez había ordenado entre otras cosas, antes de que el combate comenzara, que la segunda división (que sostenía el frente de nuestra línea de batalla en virtud del cambio de posesión que el día anterior se había operado) se repliegase hacia la Cruz, abandonando su primera línea.

El general Miramón, que al momento de romperse los fuegos se había presentado al Emperador para recibir órdenes, comprendió el mal que al ejército sitiado le vendría con el abandono de esta línea, y ordenó al general Castillo la conservarse y resistiera en ella al enemigo.

Castillo cumplió exactamente estas prescripciones, y con grandes esfuerzos y notables sacrificios de los generales Valdez y Ramírez, brigadieres de la división Castillo, la línea fue conservada y el enemigo completamente rechazado por aquel punto.

El parte del comandante en jefe de la infantería contiene, entre otros, los siguientes párrafos los cuales transcribo en estos apuntes para hacer justicia al valor e inteligencia de los mencionados generales Valdez y Ramírez en el reñido combate del 14 de marzo de 1867.

Mi hermano decía: "Como a las diez y media de la mañana, el enemigo cargó con brío en varias columnas sobre las brigadas de los generales don Silverio Ramírez y don Pedro Valdez. En ese momento la situación de las tropas era bastante difícil, según me dijo el general Castillo; la línea que cubría había sido abandonada con motivo de la retirada sobre

el fuerte de la Cruz hecha por orden del Estado Mayor general. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó a apoderarse de uno de los parapetos adonde fue hecha prisionera por el séptimo de línea."

MIENTRAS ESTO pasaba en la línea ocupada por la división Castillo, el fuerte de la Cruz era cañoneado de frente y de flanco por la artillería de montaña que el enemigo había puesto en la capilla de San Francisquito (fuera entonces de nuestra línea de fortificación), y sus columnas habían ocupado el Panteón, el jardín y la pequeña iglesia de la Cruz, distantes pocos metros del convento del mismo nombre, que era el cuartel general de nuestro ejército.

El general Márquez, que hasta aquel momento comprendió el peligro en que nos hallábamos, y reflexionó al mismo tiempo lo inapropósito que era aquel día satisfacer venganzas personales con detrimento de millones de hombres que ponían su suerte en la pericia y buena fe de los generales que los mandaban, intentó reparar el mal recuperando los puntos mencionados a costa de sangre y ordenando desde luego al batallón del Emperador el fiel cumplimiento de una orden tan expuesta en determinación.

El batallón mencionado, con su denodado teniente coronel don Juan de Dios Rodríguez, y sus valientes comandante Cevallos y capitán Domínguez, pusieron en ejecución la imprudente disposición en ejecución del Estado Mayor. Al efecto hicieron una horadación en la pared que divide el jardín de la Cruz con el convento y por medio de ella, la cual estaba bien estrecha, empezaron a salir los soldados asaltantes uno a uno bajo el mortífero fuego que el enemigo nos enviaba.

El teniente coronel Rodríguez, a la cabeza de su batallón, emprendió a paso veloz el ataque al través del jardín. Sus soldados caían unos tras otros y el mismo Rodríguez fue atravesado por una bala que le hizo perder el sentido. Era temeridad atacar de frente al cementerio, porque los republicanos se habían amurallado en él convenientemente y enviaban a

nuestros infantes no sólo fuego de frente, sino también de flanco, desde las casas adyacentes al panteón.

El general Méndez mandó tocar retirada. Los soldados, con estoicismo sin igual y con los ojos preñados de lágrimas, se retiraban por el jardín con el cuerpo de su teniente coronel, el cual estaba próximo a desfallecer, y al penetrar por la tronera sufrían bajas que era imposible evitar. Los cuerpos de los muertos estorbaban el tránsito y nuestros infantes caían bajo el plomo homicida en los momentos en que retiraban los cadáveres para poderse guarecer.

Todo esto menoscababa la moral de nuestro ejército; públicamente se censuraba este inútil ataque, puesto que él se habría evitado si desde un principio se hubiera comprendido en nuestra línea las posiciones contrarias y no se hubieran despreciado por rencillas personales las observaciones del general Miramón.

En esta situación algunas compañías del tercero de línea a las órdenes del comandante Gutiérrez salieron por la izquierda a proteger la retirada, saltando nuestra trinchera y cargando con audacia sobre el enemigo, a quien desalojan después de algunos tiros de fusilería desde la barda del jardín. Los soldados del batallón del Emperador pudieron entonces retirarse con orden y sin peligro sobre sus posiciones, y el tercero de línea regresa a la ciudad cubierto de gloria.

Pronto hubo necesidad de reiterar el ataque. El tercero de línea es designado para esta operación, y con la protección que le prestó la artillería que dirigía en persona el coronel R. Arellano a la cabeza, y auxiliados por la artillería, la posición enemiga es nuestra y el tercero de línea coronado con los laureles de la victoria.

Un destacamento republicano que existía en una de las casas que se quemaban fue hecho prisionero y conducido a Querétaro por el propio batallón.

Esto era lo que pasaba en la parte Norte y Noreste de la ciudad. Nos trasladaremos ahora hacia la parte oriental para observar al general Mejía, uno de los oficiales de caballería más intrépidos y valientes que el ejército mexicano ha podido tener en su seno.

El general Mejía estaba situado en la garita del Pueblito rumbo a Celaya y en la falda del cerro del Cimatarío. Sus modestos escuadrones hacían lucir a los rayos del hermoso sol de Querétaro sus templados aceros, y el general con gran afabilidad se paseaba en medio de sus sencillos guerreros, anunciándoles la victoria.

Mejía, ese general que se glorificaba en medio del combate, carecía de educación militar, pero tenía gran penetración para comprender los movimientos del enemigo, con la cual ganó su celebridad y llegó a ser uno de los jefes indispensables para decidir una batalla.

Momentáneamente, y cuando el enemigo cargaba sobre la Cruz sus columnas, apareció por el llano de Carretas y con el objeto tal vez de cortarnos la retirada en caso de un desastre, densas columnas de caballería enemiga mandadas por el señor Naranjo, según entonces se dijo.

Estas columnas avanzan al trote sobre nuestras posesiones. El general Mejía lo observa, y con el fin de evitarles el trabajo de llegar hacia nosotros toma la iniciativa, hace jugar sus afilados sables sobre los contrarios y con vigor los desordena y repliega. Sus dragones no se conforman con este encuentro y persiguen a los fugitivos a larga distancia. El clarín toca diana y nuestros músicos entonan el himno nacional. Mejía ha triunfado y los ayes de los heridos y los cadáveres de los muertos suceden al fragor de la batalla y al encarnizamiento de los contendientes. La caballería se repliega a sus posesiones para escarmentar de nuevo, dos horas después, a sus obstinados enemigos.

Miramón se establece en el cerro de la Campana; desde allí observa la batalla y esparce las órdenes convenientes para la defensa de la plaza; la línea en donde él se encuentra es atacada con debilidad, y una caballería enemiga toma posesión en las llanuras de San Juanico. Miramón hace romper el fuego de artillería sobre ella y en breves momentos se retira desordenada del lugar que pretendía ocupar.*

En la tarde las cosas cambian de aspecto: la Alameda de

* Párrafo tachado.

la ciudad es atacada con valentía, sus defensores vacilan y Miramón socorre estos parapetos.

Toma a sus órdenes el batallón de mi mando, les arenga a los soldados, les dice que aquél es el día del ejército, que la corona de Maximiliano está puesta en la punta de sus bayonetas, que confía en su valor, y que la victoria será nuestra. (A mí me dice a la presencia del batallón que Querétaro será la hecatombe de los Miramón o el pedestal de nuestra gloria.) Pica su caballo, ordena la marcha, y en breves momentos estamos en la Alameda cubiertos de las balas de la reserva enemiga. Se ordena la carga a la bayoneta y mi pequeño batallón hace un fuerte empuje y desorienta al enemigo. El general Mejía carga sobre los fugitivos, encuentra en su camino una columna de caballería, la desbarata, sigue su marcha y después regresa a la ciudad, llenas sus filas de numerosos prisioneros. En aquellos instantes estaba altamente comprometido, porque las numerosas masas enemigas lo habían hecho retroceder; vuelve a reorganizar sus atrevidos escuadrones y emprende de nuevo la carga, reanudada por el intrépido coronel Quiroga y sus valientes fronterizos. Las tropas enemigas son rechazadas completamente, y nuestra caballería persigue a los fugitivos hasta una larga distancia sobre la falda del Cimatorio; regresa en seguida a la ciudad conduciendo los prisioneros, armas y caballos que presentó al general en jefe como trofeos de su victoria.

Por todos los puntos donde se había presentado, el enemigo había sido rechazado con grandes pérdidas. Eran las 6 de la tarde, ya el sol comenzaba a ocultarse; se había combatido durante diez horas y parecía que por aquel día había cesado la lucha. La artillería del Cerro de la Campana y la de la Cruz apenas dispararon uno que otro cañonazo, y en todas direcciones sólo se observaba la retirada del enemigo.

El Emperador, acompañado de su Estado Mayor, recorrió las líneas dándoles gracias a los soldados por su brillante comportamiento; a muchos generales y oficiales abrazaba y daba apretones de manos acompañados de las palabras más cariñosas. En seguida Su Majestad se ocupó de los heridos y de los prisioneros, y encargó también se diera sepultura a los

que habían sucumbido. Así terminó aquel memorable día que costó al enemigo una pieza de artillería y gran número de hombres, entre los que cuento más de doscientos prisioneros que se le tomaron. Por nuestra parte perdimos cuarenta hombres muertos y sesenta u ochenta heridos en que el ejército imperial alcanzara tanta gloria, no sin haber desaparecido de sus filas muchos de nuestros valientes compañeros y teniendo muy cerca de mil hombres heridos. El enemigo perdió también gran número de soldados y se le tomaron más de trescientos prisioneros con más y una pieza de cañón rayada.

(Continuará.)